

¿MENANDRO EN ABEL SÁNCHEZ?
UNA INVESTIGACIÓN SOBRE LA TRADICIÓN GRIEGA
Y LA PAREMIOLOGÍA EN UNAMUNO

PABLO A. CAVALLERO

En la vastísima obra de don Miguel de Unamuno hay ciertos temas recurrentes cuya enumeración no es novedosa: España, la inmortalidad, la fama, la gloria, la antinomia vida-conocimiento, las pasiones humanas. En las novelas que él prefirió denominar 'nívolas' para señalar las libertades que se tomaba frente a los rasgos tradicionales del género, es muy común hallar que los personajes representan, en realidad, pasiones; es decir, son encarnaciones concretas de un sentimiento espiritual. Y el caso de *Abel Sánchez* es, quizás, el más evidente en este aspecto, pues la envidia constituye declaradamente el tema de la obra y el centro vital de sus personajes principales¹.

La crítica especializada reconoce que Unamuno está presente en su obra de manera mucho más clara y gravitante que lo que es común en cualquier autor respecto de su escrito. *Niebla*, por ejemplo, ofrece la audacia de presentar al mismo don Miguel como personaje-autor a quien cuestiona el personaje literario, Augusto Pérez. En *Abel Sánchez* es posible hallar la presencia de Unamuno primeramente en el hecho de articularse la novela sobre el entramado de una confesión escrita por Joaquín Monegro, creatura novelesca que parece tan impactada por el asunto de Caín como el mismo Unamuno².

¹ "Una historia de pasión" es el subtítulo de la obra (1917). Ya en 1909 Unamuno había escrito su ensayo *La envidia hispánica*.

² Cf. Carlos Clavería, "Sobre el tema de Caín en la obra de Unamuno", en *Temas de Unamuno*, Madrid, Gredos, 1953, pp. 97-129, espec. 111. Que Joaquín representa a Caín y se suele identificar con él, es evidente; Agacir llama al personaje "Caín Monegro" en "Releyendo a Unamuno: el fratricidio de Monegro", *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno XIV-XV* (1964-1965), pp. 69-72. Unamuno confesó el peso de lo autobiográfico en *Abel Sánchez*: cf. *Comentarios quevedianos II* "Invidiados y invidiosos", *Obras completas*, Madrid, Escelicer, 1967, III

Comentemos de paso: suele afirmarse que las únicas conexiones directas que esta última novela ofrece con el episodio bíblico de la envidia de Caín por Abel, son las referencias al *Cain* de Lord Byron, el cuadro que el personaje Abel Sánchez pinta con el asunto del fratricidio, y el nombre mismo que tiene ese personaje y que da título a la novela. Sin embargo, creemos que existe otro nexo que, a la vez, se relaciona con la identificación tan frecuente del autor con el hombre literario que él crea. 'Caín' y 'Joaquín' conforman un homeoteleuto que los conecta fónicamente, pero además, si escribimos el nombre de Monegro como IOAKIN o YOAKIN, podemos encontrar en él un anagrama de YO-CAÍN³. Si Unamuno pensó en esto cuando eligió el nombre de su personaje, se confirma también en este recurso la asimilación del sabio envidioso con el erudito escritor⁴, asimilación generalmente aceptada⁵. Por otra parte, si don Miguel manifestó el fondo autobiográfico de la obra en cuanto al tema central, también lo sugirió en uno de sus frecuentes juegos entre literatura y realidad. En el cap. XXXI de *Abel Sánchez* dice de Joaquín:

"Y se regodeaba a solas pensando que si él acertaba aquel retrato literario de Abel Sánchez, le habría de inmortalizar a éste más que todos sus propios cuadros, cuando los comentaristas y eruditos del porvenir llegasen a descubrir, bajo el débil velo de la ficción, al personaje histórico"⁶.

1064. J. L. Abellán, en su edición de *Abel Sánchez* (Madrid, Castalia, 1985) considera que la declarada admiración de Unamuno por Joaquín = Caín, corrobora la identificación del autor con el personaje (Introducción, p. 41).

³ La grafía latina *Joacim* o *Joakim* y más aún la griega 'Ιωακίμ sugieren esta posibilidad. Cf. J. Perin, *Onomasticon totius latinitatis*, Patavii, Typis Seminarii, 1913-1920, vol. II 24 b y c.

⁴ Cf. edición de Abellán, p. 18: "la referencia simbólica al mito bíblico nos viene dada por el pintor —Abel Sánchez— mientras en el nombre de su oponente —Joaquín Monegro— no aparece tal referencia".

⁵ Cf. Robert L. Nicholas, *Unamuno narrador*, Madrid, Castalia, 1987, n. 10 al cap. II (p. 141): "La identificación de Unamuno con Joaquín es más clara de lo que se suele suponer, pues la edad de Joaquín al comenzar su *Confesión*, cincuenta y cinco años —véase el capítulo XXXI—, es aproximadamente la edad que tendría Unamuno al publicar *Abel Sánchez*".

⁶ P. 148 de la edición de Abellán; cf. también n. 77.

¿No hay allí una invitación del escritor a que los estudiosos de su obra descubran, “bajo el débil velo de la ficción”, que Joaquín Monegro es el “personaje histórico” Miguel de Unamuno? El personaje dice que escribe la *Confesión* para que su hija conozca al padre (cap. XIII): ¿no escribe Unamuno la *nívola* para que nosotros lo conozcamos más profundamente, y para que hasta lo compadezcamos y queramos, como Joaquín pretende de la destinataria del escrito? Sin embargo, y puesto que Unamuno concibe la envidia como un flujo y reflujo de sentimiento entre el envidioso y el envidiado, también en Abel hay rasgos del escritor: Joaquín es un hombre de conocimiento, como Unamuno, pero Abel es un hombre de vida, como quiere ser, y es, don Miguel; Joaquín narra cuentos a su nieto, como Unamuno narra sus novelas, pero Abel hace dibujos para el niño, como Unamuno dibuja la portada para la primera edición del *Abel Sánchez*. La dicotomía envidioso-envidiado puede ser en su fondo una unidad, como la pareja Joaquín-Abel puede repartir entre sus miembros características personales del autor único.

Esta presencia del autor en la obra puede hallarse, entonces, tanto en la expresión de su filosofía de vida como en la aparición descubierta o velada del ‘yo’ del escritor. Pero también se la encuentra —y esto nos interesa particularmente aquí— en el reflejo del oficio mismo de Unamuno.

Se sabe que don Miguel, doctorado a los veinte años, fracasó en las pruebas de oposición para la cátedra de Psicología, Lógica y Ética, para la de Metafísica y dos veces para la de Latín. Es sabido también que sí obtuvo Unamuno la cátedra de Griego (1891) y que en su carrera como profesor universitario alcanzó el rectorado de Salamanca en dos períodos (1900-1914 y 1931-1936)⁷.

Su oficio de helenista se manifiesta en la obra literaria, por ejemplo, cuando añade a su *Vida de don Quijote y Sancho* un “Vocabulario” final, con ciertos comentarios de lengua, y pide disculpas por no poder sustraerse a su labor de filólogo aunque sea para señalar esas “gramatiquerías poco quijotes-

⁷ Cf. M. García Blanco, “Don Miguel y la Universidad”, *Cuadernos de la Cátedra M. de Unamuno XIII* (1963), pp. 13-22.

cas"⁸. Porque Unamuno, que mantuvo la cátedra de Lengua y literatura griegas, también desempeñó desde 1900 la de Filología comparada del latín y el castellano, y la riqueza léxica era un importante objetivo de su método docente, tanto para el español como para el griego, según expuso en alguna conferencia⁹. Ciertamente la lengua española castiza, arcaica y dialectal fue una pasión en este erudito, y la relación entre su uso artístico y el pensamiento del escritor es semejante a la que se observa en la lengua de Salustio, por ejemplo, y merecería un estudio más profundo. Pero junto a lo hispánico, lo griego está presente en toda la obra unamuniana y de diversas maneras, ya sea en alusiones al mundo helénico como en citas concretas que, según el género del escrito, aparecerán en su original o traducidas. Tomemos unos ejemplos al azar de entre los distintos géneros cultivados por don Miguel¹⁰.

En el ensayo *Vida de don Quijote y Sancho* hallamos alguna alusión a la cultura griega antigua, como "Tela de Penélope y tonel de las Danaides es lo más de tu azotina, Sancho" (II 71, p. 232)¹¹, pero también hay citas textuales. Cuando en el cap. I, 26 reproduce el evangelio de *Marcos* 3, 20-21, incluye la frase *οἱ παρ' αὐτοῦ* (p. 90); en el II 74 transcribe los versos 579-580 del canto VIII de la *Odisea* (p. 236):

τὸ δὲ θεοὶ μὲν τεύξαν, ἐπεκλώσαντο δ' ὀλέθρον
ἀνθρώποις, ἵνα ᾗσι καὶ ἔσσομένοισιν ἀοιδῆ

⁸ Espasa Calpe (Austral 33), novena edición, p. 250.

⁹ Cf. García Blanco, art. cit., p. 31.

¹⁰ Grace Megwinoff se ocupó de "El pensamiento griego en la obra de Unamuno", *Letras de Deusto* 7/14 (1977), pp. 179-190; señala la cita constante del Nuevo Testamento en *La agonía del cristianismo*, la utilización del método socrático de persuasión y el concepto de pedagogía como amor, entre otras conexiones; al preguntarse por qué lo griego atrajo tanto a Unamuno, responde: "Se trata, pues, del hombre de carne y hueso, de lo humano originario, del hombre medida de todas las cosas, de sus pasiones estudiadas ya por los antiguos trágicos, de su relación con la divinidad y leyes sociales explicadas por los filósofos. Igualmente busca Unamuno solución a los problemas sociales y tal vez la antigua democracia ateniense, de que luego hablara Machado, le ofrece un modelo imitable" (p. 179). Algunas observaciones pueden hallarse también en el cap. "El mundo clásico de Miguel de Unamuno", en M. García Blanco, *En torno a Unamuno*, Madrid, Taurus, 1965, pp. 79-130.

¹¹ Remitimos a la edición citada en nota 8.

[este (destino) lo hicieron los dioses e infligieron la muerte / a los hombres para que también los venideros tuviesen cantares].

Y del primer poema homérico cita el v. I 271 (cap. II 74, p. 248):

καὶ μαχόμεν κατ' ἐμ' αὐτὸν ἐγώ
[y yo combatía contra mí mismo]

citadas estas que, como las que aparecen en otras obras, apoyan siempre el pensamiento planteado por Unamuno. Asimismo, en *Del sentimiento trágico de la vida* expone el concepto griego de inmortalidad (cap. IV, pp. 51-52)¹², presenta la idea esquilleana de que los dioses juegan con los hombres (X 184), hace alusiones a la *Odisea* (III 44 y X 174) y traduce un pasaje de las *Nubes* de Aristófanes (VII 113). Pero además todo el ensayo está sembrado de citas de filósofos, poetas, historiadores, oradores y textos sagrados griegos¹³, como de palabras aisladas a las que añade la traducción, excepto en el último caso: ὄντως ὄν (p. 220)¹⁴.

Si pasamos a la lírica, tampoco faltan en ésta referencias a la cultura literaria griega:

“En tanto la Odisea / montes y valles de mi pecho orea / de sus ficciones con la rica trama / preparándome al sueño” (*Al amor de la lumbre* vv. 6-9).

“Heródoto me ofrece rica cilla / del eterno saber, y entre acertijos / de la Pitia venal...” (*Dulce silencioso pensamiento* vv. 3-5)¹⁵.

También el teatro, “por mi profesional familiaridad con

¹² Las indicaciones de página corresponden a la edición de Austral nº 4.

¹³ Aristóteles I 9 y 11, II 25 (*Metaf.*), VII 112 (*Física*), VIII 127 (*Metaf.*), X 174 (*Ética*); Platón III 36 y 41, X 163 (*Fedón*); Plotino X 173; Jenofonte II 30; Heródoto VII 110; Píndaro III 37; Atanasio IV 54 y 55; Demóstenes VIII 134; el Nuevo Testamento VI 95 (Marcos), VIII 132 (Lucas), IX 142, 158, 181 (epístolas paulinas), III 43 y 44 (Hechos).

¹⁴ δόγμα V 74; σκεπτικός V 75; φύσις ἡ κόσμος VII 112; ἄνθρωπος, ἀνὴρ, γυνή, θεότοκος, πνεῦμα VIII 132; θεός VIII 134; πίστις πείθω IX 143; ἔκστασις X 170.

¹⁵ De *Rosario de sonetos líricos*, Austral nº 601, p. 65.

¹⁶ Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid (25-III-1918).

los trágicos griegos" dice Unamuno¹⁶, ofrece rastros de su erudición helénica. Claro es que el género no admitía que los vocablos o las frases en griego apareciesen en el diálogo de los personajes; pero en *La esfinge* hallamos como epígrafe un pasaje de la *Epístola a los Romanos* 8, 6:

τὸ γὰρ φρόνημα τῆς σαρκὸς θάνατος, τὸ δὲ φρόνημα τοῦ πνεύματος ζωὴ
καὶ εἰρήνη. Ἐπιστ. Παύλου πρὸς Ῥωμαίους η' ζ
[pues el sentimiento de la carne es muerte, pero el sentimiento
del espíritu es vida y paz].

En la introducción a *Fedra*, cuando enumera los personajes del drama y menciona a "la nodriza de Eurípides" aclara entre paréntesis "(τροφός)", con lo cual remite al tradicional personaje casi 'tipo' del teatro antiguo. En esta misma obra incluye una alusión a la mitología griega en las palabras de Marcelo:

"Donde hay enigmas sobre yo; soy incompatible con la Esfinge"
(II 9, p. 220)¹⁷.

Si sondeamos en las novelas, tampoco en ellas encontramos citas textuales en su lengua original, que tal vez no serían convenientes para el público al que se dirigía este género, pero de todos modos sí está presente el oficio de Unamuno. "Dicen que lo helénico es distinguir, definir, separar", observa don Miguel en el prólogo a *Niebla*, y poco después hace referencia a los *Recuerdos* de Jenofonte para transliterar el vocablo "Synthérates" y añadir la glosa: "concazador, dice el texto, según don Miguel, profesor de griego"¹⁸. Si sus personajes novelescos (o 'nivolescos', como quiere Unamuno) no pueden lanzar frases en griego en atención a los rasgos con que fueron creados, no están exentos, sin embargo, de una impregnación de helenismo. Eugenia puede decir "la fatalidad; somos juguetes de ella", como apreciación relativamente extendida y no necesariamente de fuente clásica (XX p. 144);

¹⁷ Remitimos a la edición de José Paulino, Madrid, Castalia, 1987. El editor mantiene los errores tipográficos de las publicaciones: por ej. en *La Pluma aparece τροφος* sin tilde y con la sigma inusual a final de palabra; corregimos también el error y las omisiones del texto de San Pablo, que atribuimos a los infaltables desvíos de imprenta.

¹⁸ Remitimos a la edición de Bruguera, Barcelona, 1983.

Augusto puede señalar que “Los vientos de la fortuna nos empujan y nuestros pasos son decisivos todos”, y tal vez no entre en juego allí la idea de la τύχη (VII p. 64); pero la antigua cultura griega aflora en menciones como “Esta mi vida mansa, rutinaria, humilde, es una oda pindárica tejida con las mil pequeñeces de lo cotidiano” (Augusto II p. 37), “En los tiempos homéricos tenían las personas y las cosas dos nombres, el que le daban los hombres y el que le daban los dioses” (Augusto II p. 38), “¡Oh, la asociación lírica de ideas, el desorden pindárico!” (Augusto V p. 50), “...para el cachorrillo, para Orfeo, que así le bautizó” (narrador V p. 57). Y ciertos términos que podríamos denominar “neologismos helenizantes”, si resultan plenamente adecuados en el personaje de Víctor Goñi, que acuña “ginepsicología” (XXV 181), porque él representa al mismo Unamuno en su oficio de novelista, pueden quizás parecer asombrosos en Augusto Pérez, quien afirma que “La manía de viajar viene de topofobia y no de filotopia” (I 33)¹⁹.

Pero si *Niebla* es una novela en la cual la teoría literaria expresa es muy gravitante, no falta en ella la pasión vital que, en Unamuno, siempre está en dicotomía con el conocimiento erudito. Sin embargo, la pasión, como ya se señaló, tiene mayor relevancia en *Abel Sánchez*. Y así llegamos al relato en el que nos interesa destacar, dentro de la presencia de lo griego en la obra de Unamuno, aquello que —creemos— es una cita oculta de Menandro.

En el cap. XXIII de esta novela, Joaquín Monegro conversa con Federico Cuadrado; éste le confiesa ser hijo adul-

¹⁹ Sobre la lengua de Unamuno cf. J. A. Ayala “Unamuno y el lenguaje”, *Humanitas* 8 (1967), pp. 343-356; V. González Martín, “Unamuno lingüista”, *Bol. de la Asoc. europea de Profesores de español* 26 (1981); la tesis parisina de F. Binoit, “Les neologismes dans l'oeuvre d'Unamuno”, y particularmente Milagros Lain, “Aspectos estilísticos y semánticos del vocabulario poético de Unamuno”, *Cuadernos de la Cátedra M. de U.* IX (1959), pp. 77-115, artículo que, aunque limitado a la obra lírica, enumera ciertas características que se dan también en el resto de la producción de Unamuno. En cuanto a que las cosas tenían dos nombres en la época homérica, cf. por ej. el caso del *moly* (*Odisea* X 305), nombre que dan los dioses, y el artículo de J. Calderón-Felices, “Lengua de dioses - lengua de hombres”, *Faventia* IV-1 (1982).

terino, lo cual mueve a Monegro a comentar: "Pero padre no es el que engendra; es el que cría..." (edic. cit. p. 126).

El hecho es que se conserva una sentencia monóstica atribuida a Menandro que Siegfried Jäkel registra con el número 647 en su edición²⁰ y que dice:

Πατήρ ὁ θρέψας κοῦχ ὁ γεννήσας πατήρ

cuya traducción podría ser "Padre es el que cría y no es padre el que engendra". La idea es la misma que la que aparece en *Abel Sánchez*, pero con una leve modificación expresiva.

Por supuesto, la frase puede ser un proverbio general que no derive necesariamente de los textos menandrosos. Hemos revisado, a causa de esta posibilidad, ciertos estudios sobre la paremiología²¹: el *Diccionario de refranes* de Juana Campos y Ana Barella, que se basa sobre obras literarias españolas, no registra esta sentencia ni ninguna similar²²; tampoco la ha encontrado hasta ahora Hugo Bizzarri en sus investigaciones sobre los proverbios y refranes en el medioevo español²³; Eleanor O'Kane, en cambio, registra en sus *Refranes y frases proverbiales españolas de la Edad Media*, la frase "Padre ez il qui mantieni, no il qui ingentre", pero recogida en la tradición yugoslava²⁴. Tal proverbio parece una traducción directa del atribuido a Menandro; no hay, sin embargo, tradición literaria del mismo en España, lo cual ciertamente no es óbice para que pudiese transmitirse también en la península por vía oral.

Para evaluar esto debemos tener en cuenta que la obra unamuniana está sembrada de refranes y proverbios, rasgo que, si tal vez refleja una característica hispánica, no resulta asombroso en un literato que tanto meditó sobre el *Quijote*. Si hacemos una recorrida ligera por los escritos de don Miguel podemos hallar ejemplos como éstos:

²⁰ *Menandri sententiae. Comparatio Menandri et Philistionis*, Lipsiae, Teubner, 1964.

²¹ Agradecemos, en este aspecto, la asistencia que nos brindó el Prof. Hugo Bizzarri.

²² Madrid, Anejo XXX del *BRAE*, 1975.

²³ "Ensayo de una clasificación de proverbios, refranes y sentencias" (inéd.).

²⁴ Madrid, Anejo II del *BRAE*, 1959, p. 176 b; el registro está tomado del trabajo de M. Luria, "Pruverbus", *R. Hi.* LXXIX (130), p. 50.

- “*homi soit qui mal y pense*. Y esto por no estampar ahora y aquí otro proverbio, éste español, mucho más enérgico, pero acaso raye en grosería” (*Del sentimiento trágico* I 22).
- “Podrá decirse, sí, que muerto el perro se acabó la rabia” (*ibid.* VI 88).
- “Nadie puede decir ‘de esta agua no beberé’” (*La venda* 1, p. 163).
- “Dios aprieta pero no ahoga” (*La venda* 2, p. 166)²⁵.
- “¡pero obras son amores y no buenas razones!” (*Fedra* I 3, p. 199).
- “Claro, nadie puede decir ‘de esta agua no beberé’” (*ibid.* I 4, p. 201).
- “A lo hecho, pecho” (*Niebla* III, p. 43).
- “Casarse es muy fácil; pero no es tan fácil ser casado. —Eso pertenece a la sabiduría popular” (*Niebla* IV 47; Liduvina-Augusto).

También hay frases de tono sentencioso que si quizás no son proverbios reproducen el tono normal de la conversación o de las reflexiones íntimas:

- “De la cuna nos viene la tristeza y también de la cuna la alegría” (*Niebla* I 35).
- “Rigen a los hombres y a sus cosas enigmáticas leyes, que el hombre, sin embargo, puede vislumbrar” (*Niebla* VI 60; Fermín).
- “¡Son mentirosos los caminos de la Providencia! —sentenció el anarquista” (*Niebla* IX 69).
- “El amor nace con nosotros cuando nacemos” (*ibid.* III 44; Augusto).
- “Todos somos expósitos” (*ibid.* V 57; Augusto).
- “Es mi hija y no del ladrón; yo la he criado” (*ibid.* XXI 156; Antonio).

Esta última cita contiene la misma idea que la sentencia de la que nos ocupamos, es decir, la relación directa entre crianza y paternidad. Tampoco faltan refranes y proverbios en *Abel Sánchez*:

- “A otro perro con ese hueso” (I 60; Joaquín).
- “Nadie es médico de sí mismo” (XI 92; Joaquín).

²⁵ Remitimos a la ed. de *La esfinge*, *La venda*, *Fedra*, citada en n. 17.

- "Piensa el ladrón que todos son de su condición" (XX 116; Abel).
- "Nunca es tarde si la dicha es buena" (XXIX 143; Joaquina).
- "El casado, casa quiere" (XXX 145; Abel) ²⁶.

Además, el personaje Federico Cuadrado, cuyo origen extramatrimonial genera el uso de la sentencia que creemos menandrea, comenta la frase "El hombre es un misterio" que pronuncia otro personaje, diciendo: "Toda sentencia filosófica, así, todo axioma, toda proposición general y solemne, enunciada aforísticamente, es una sandez" (XXII 122).

En fin: la obra unamuniana toda, y no es excepción a esto el *Abel Sánchez*, contiene abundante material paremiológico. Unamuno pudo conocer tal vez por vía oral la sentencia sobre 'la paternidad de quien cría', aunque no haya registro literario de ella. Pero también debemos tener en cuenta que diez años antes de la composición de esta nívola se habían concretado importantes hallazgos papirológicos de la obra del cómico griego, hecho que pudo motivar un acercamiento de don Miguel a los escritos de Menandro, especialmente a sus proverbios, expresión de sabiduría que tanto atraía al escritor español. Unamuno pudo conocer la sentencia de Menandro en la edición de Augusto Meineke, que data de 1823 y que con el número 452 de los monásticos registra:

Πατήρ οὐχ ὁ γεννῆσας, ἀλλ' ὁ θρέψας σε
[Padre no es el que engendra, sino el que te cría] ²⁷.

El editor más reciente, Siegfried Jäkel, en la tabla de correspondencias entre ambas publicaciones, señala esta sentencia como la equivalente a la que él numera 647 y que hemos citado más arriba. El sentido es evidentemente el mismo, tan sólo

²⁶ El primero aparece ya registrado en los *Refranes* de Santillana (cf. O'Kane 135 a); el tercero se registra con variante en el *Seniloquium* (ms. BNMadrid 19343, segunda mitad del XV; cf. O'Kane 321): "piensa el ladrón que todos han su corazón", pero aparece registrado como lo cita Unamuno en el *Dicc. Real Academia XVIII* (1956); cf. Campos-Barella n^o 1729; los dos últimos también los cita el mismo Diccionario (cf. Campos-Barella n^o 1132 y n^o 759).

²⁷ Cf. *Menandri et Philemonis reliquiae*, edidit Augustus Meineke, Berolini, Augustus Mylius, 1823.

hay modificación en la manera de expresarlo. La forma utilizada por Unamuno ("padre no es el que engendra; es el que cría") se acerca estilísticamente a la versión citada por Meineke, hecho que apoya la derivación directa que proponemos.

Respecto de la relación que Jäkel apunta a pie de página entre la sentencia de Menandro y los versos 360 y 499 de *Ifigenia entre los tauros* de Eurípides, debemos señalar que tal relación es formal y parcial. En esos versos, puestos en boca de la heroína, se lee respectivamente:

Δαναΐδαι χειρούμενοι/ἔσφαζον, ἱερεὺς δ' ἦν ὁ γεννήσας πατήρ.

[Los dánaos sometiéndome me sacrificaban, y era sacerdote el padre que me engendró.]

Σοὶ δ' ὄνομα ποῖον ἔθεθ' ὁ γεννήσας πατήρ;

[¿Qué nombre te puso el padre que te engendró?]²⁸.

En ambos pasajes aparece el sintagma que tomará Menandro, pero el participio tiene valor de epíteto y en el primer caso equivale a 'mi propio padre' con tono enfático. En ninguno, pues, se plantea la cuestión de la paternidad biológica frente a la paternidad educadora.

Por todo lo expuesto creemos que Unamuno ha realizado, en el pasaje aludido, una inserción erudita surgida de su profesión de helenista. El no manifestar la fuente, como habría hecho en un ensayo, ha de deberse al rango proverbial de la frase y al género de *Abel Sánchez*.

Esta hipótesis que parece avalada por la similitud expresiva de ambos textos, por las tendencias narrativas de Unamuno, por su erudición y su profesión, se vería fuertemente apoyada si pudiéramos probar que don Miguel conoció la edición de Meineke. Sin embargo, nuestras investigaciones han sido negativas hasta ahora. Tanto el director de la Biblioteca de Salamanca, como la directora de la Casa-Museo de Unamuno, nos informan que en ninguna de esas colecciones figura o existió aquella edición. ¿Da esto la evidencia de que don Miguel no la conoció? No podemos asegurarlo, pero tampoco podemos hallar confirmación para nuestra hipótesis, que queda así como interrogante.

²⁸ Cf. pp. 128 y 133 de la edición de L. Parmentier y H. Grégoire, en *Les belles lettres*, Paris, 1942.

Pero se deba o no la cita directamente al conocimiento de Menandro, hay una coincidencia de pensamiento que nos invita a buscar su valor vital más allá de la erudición.

Los problemas de la paternidad real y de la literaria son una clave de la novela²⁹: Unamuno actúa como autor pero también como personaje oculto y escindido en una compleja pasión. La sentencia menandrea alude al tema de la verdadera paternidad y se ubica en un capítulo esencial para ese conflicto en la novela, pero el hacer remontar las cuestiones familiares hasta los orígenes de la humanidad mediante la referencia al relato bíblico de Caín y Abel, se encuadra en una búsqueda de la universalidad; para lograr ésta, Unamuno recurre a la ausencia de determinación espacial y temporal, a la falta de toda descripción ambiental y física que distraiga del diálogo, es decir, de la vida interior que es centro de interés de la obra³⁰, y que pudiera crear una impresión de límites, cuando la pasión analizada es para Unamuno universal y permanente en la humanidad.

A esta intención de poner en relieve la universalidad de

²⁹ La problemática no es exclusiva, claro está, de *Abel*; también aparece por ejemplo, y tal vez con más claridad, en *Niebla*; cf. sobre esto Nicholas, *op. cit.*, p. 36, respecto de *Niebla*, y p. 51 respecto de *Abel*: "Dentro del relato general vemos, en la etapa más embriónica, varios cuentos y anécdotas, todos relacionados con conflictos entre padres, hijos y hermanos: el relato bíblico, la historia de Ramírez que sólo ama a dos de sus cuatro hijos, la de Carvajal que no puede ver a su hija menor, las referencias al aragonés que fue desheredado por su padre y abandonado por su hermano, el cuento de Federico Cuadrado (el cínico que prefiere resignarse en vez de luchar como Joaquín) cuyo padastro le ha hecho odiar a su verdadero padre. Todos estos núcleos narrativos reflejan, claro está, el conflicto central de la novela misma. La segunda etapa narrativa es la de Joaquín en su *Confesión*; la tercera, el desenmascaramiento de Abel, queda formada por la *Confesión* y la narración del narrador omnisciente. Y, por fin, apreciamos todos estos elementos y el prólogo como la novela misma de Unamuno, el narrador al nivel más genérico".

³⁰ Nicholas, *op. cit.*, p. 51, señaló esos recursos formales como medio para destacar "el drama del vivir —el choque fundamental entre un ser humano y otro". Pero, observamos, también sirven para destacar la universalidad perenne de la pasión. Recordemos, de paso, que aunque Abel y Joaquín no son hermanos fueron criados como tales y son amigos íntimos; su relación, pues, representa no sólo la envidia de la sociedad en general sino también, en particular, el conflicto de familia.

los conflictos familiares se incorpora la sentencia menandrea: don Miguel recurre a una idea que tiene al menos dos mil años de vida y cuya sabiduría supera las barreras de la espacialidad y de la temporalidad. Desde el punto de vista de la riqueza clásica del autor griego, observamos que su producción literaria, en esta forma breve pero tan lograda de un verso armoniosamente elaborado y sintéticamente profundo, revela hasta qué punto Menandro supo calar en la esencia de la humanidad detrás de esa apariencia de comedia de costumbres y personajes estereotipada, aparentemente trivial y cotidiana. Unamuno, “tan evangélico”, “hombre del Cristo en el pecho” y “humanista”, como lo calificó Antonio Machado³¹, pudo captar finamente el fino humanismo de esa sentencia y no dudó en citar la sabiduría popular en una forma exquisita coincidente más con la de aquel comediógrafo de alto vuelo que con la expresión oral registrada: la aplicación de la *γνώμη*, veinticuatro siglos después de haber sido plasmada, destaca la perenne vitalidad de su obra, el valor permanente de su pensamiento y de su arte, ese rasgo que permite ubicar tanto a Menandro como a Unamuno entre los clásicos de la literatura.

³¹ Carta a Unamuno del 16-1-1918 (cf. García Blanco, *En torno...*, p. 254).

